

## Una breve revisión del concepto de ilusión en Freud

**Manuel Martínez**  
**Alejandro Pineda Saavedra**

### **1. El concepto de ilusión: la fuerza del deseo**

Freud en el texto *El porvenir de una ilusión* (1927) define el concepto de ilusión de la siguiente forma:

“(...) llamamos ilusión a una creencia cuando en su motivación esfuerza sobre todo el cumplimiento de deseo; y en esto prescindimos de su nexos con la realidad efectiva, tal como la ilusión misma renuncia a sus testimonios” (p. 31, cursivas añadidas).

La ilusión es una creencia en la que se busca tenazmente el cumplimiento de deseo. En esto último radica el hecho de que la ilusión no tome en cuenta la realidad efectiva.

Freud (1927) califica de ilusiones las representaciones religiosas:

Tras esta orientación que hemos tomado, volvamos a las doctrinas religiosas. Nos es lícito, entonces, repetir; todas ellas son ilusiones, son indemostrables, nadie puede ser obligado a tenerlas por ciertas, a creer en ellas. Algunas son tan inverosímiles, contradicen tanto lo que trabajosamente hemos podido averiguar sobre la realidad del mundo, que se las puede comparar —bajo la debida reserva de las diferencias psicológicas— con las ideas delirantes.  
(p. 31, cursivas añadidas)

El hecho de que nadie puede ser obligado a creer en ellas riñe con el hecho de que justamente las representaciones religiosas como ilusiones provienen del cumplimiento de deseo. En ese sentido, Freud señala que el secreto de su fuerza radica en el cumplimiento de deseos intensos y originarios:



Estas [representaciones religiosas] que se proclaman enseñanzas no son decantaciones de la experiencia ni resultados finales del pensar; son ilusiones, cumplimientos de los deseos más antiguos, más intensos, más urgentes de la humanidad; el secreto de su fuerza es la fuerza de estos deseos. (p. 31)

A la hora de explicar sobre el origen de tales deseos, Freud (1927) se adentra en la cuestión de la situación psíquica de desvalimiento infantil.

## 2. La situación psíquica de desvalimiento infantil: la madre protectora

Freud (1927) sitúa en el origen del niño la siguiente situación psíquica:

Situémonos en la vida anímica del niño pequeño. ¿Recuerda usted la elección de objeto según el tipo del apuntalamiento, de que habla el análisis? La libido sigue los caminos de las necesidades narcisistas y se adhiere a los objetos que aseguran su satisfacción. Así, *la madre*, que satisface el hambre, deviene el primer objeto de amor, y por cierto también la primera protección frente a todos los peligros indeterminados que amenazan en el mundo exterior; podríamos decir: *la primera protección frente a la angustia*. (pp. 23-24, cursivas añadidas)

La madre como objeto de amor que vela por los intereses narcisistas del niño es la protección de este ante los peligros indeterminados del mundo exterior, y del mundo interior —a propósito del hambre—. En esa línea, cabe resaltar que Freud en doble ocasión haga referencia a la figura materna como la primera protección.

En *Inhibición, síntoma y angustia* (1926), la madre aparece también cumpliendo tal función:

(...) la angustia demuestra ser producto del desvalimiento psíquico del lactante, que es el obvio correspondiente de su desvalimiento biológico. La llamativa coincidencia de que tanto la angustia del nacimiento como la angustia del lactante reconozca por condición la separación de la madre no ha menester de interpretación psicológica alguna; se explica harto simplemente, en términos biológicos, por el hecho de que *la madre*, que primero había *calmado todas las necesidades del feto* mediante los dispositivos de su propio cuerpo, también tras el nacimiento prosigue *esa misma función* en parte con otros medios (...)  
(pp. 130-131, cursivas añadidas).

La angustia derivada del desvalimiento psíquico del lactante ante las poderes interiores y exteriores es calmada a través de la función de la madre.



Freud (1927) continúa al argumento en estos términos:

La madre es relevada pronto en esta función por el padre, más fuerte, y él la retiene a lo largo de toda la niñez. Empero, la relación con el padre está aquejada de una peculiar ambivalencia. El mismo fue un peligro, quizá desde *el vínculo inicial con la madre*. Y cuando se pasa a anhelarlo y admirarlo no se lo teme menos. (p. 24, cursivas añadidas)

Resulta claro que el vínculo primordial de protección es entonces, con la madre, siendo el padre el continuador de ello. Sin embargo, se repara en la cuestión de la ambivalencia, la cual sería ajena al vínculo inicial:

La agresión no ha sido creada por la institución de la propiedad; reinó casi sin limitaciones en épocas primordiales cuando esta era todavía muy escasa, se la advierte ya en la crianza de los niños cuando la propiedad ni siquiera ha terminado de abandonar su forma anal primordial, constituye el trasfondo de todos los vínculos de amor y ternura entre los seres humanos, acaso con *la única excepción del que une a una madre con su hijo varón*. (Freud, 1927, p. 110, cursivas añadidas)

Freud (1927) continúa:

Los indicios de esta ambivalencia del vínculo con el padre están hondamente impresos en todas las religiones, como lo puntalicé también en *Tótem y tabú*. Ahora bien, cuando el adolescente nota que le está deparado seguir siendo siempre un niño, que nunca podrá prescindir de la protección frente a hiperpoderes ajenos, presta a estos los rasgos de la figura paterna, se crea los dioses ante los cuales se atemoriza, cuyo favor procura granjearse y a quienes, empero, trasfiere la tarea de protegerlo. (p. 24)

Si se sigue el razonamiento freudiano, la protección paterna y lo que deriva de ella tiene origen en el vínculo primordial con la madre. Así, los dioses son figuraciones paternas, que, sin embargo, no podrían desmentir su origen, y es ahí donde se ubicaría tanto el anhelo como el temor, a saber, la ambivalencia. Resulta llamativo, asimismo, la forma tajante en que Freud (1927) expresa la necesidad de ello para el adolescente: nunca podrá prescindir de la protección materna.



### 3. Origen de la formación religiosa: ¿la divina Providencia *paterna*?

En sus formulaciones en torno a la formación religiosa, Freud (1927) plantea que su origen radica en la añoranza por el padre:

Así, el motivo de la añoranza del padre es idéntico a la necesidad de ser protegido de las consecuencias de la impotencia humana; la defensa frente al desvalimiento infantil confiere sus rasgos característicos a la reacción ante el desvalimiento que el adulto mismo se ve precisado a reconocer, reacción que es justamente la formación de la religión. (p. 24)

Más adelante, Freud (1927) expresa lo mismo bajo estos términos:

Ya sabemos que la *impresión terrorífica* que provoca al niño su desvalimiento ha despertado la necesidad de protección —protección por amor, proveída por el padre; y el *conocimiento* de que ese desamparo *duraría toda la vida causó la creencia* en que existía un padre, pero uno mucho más poderoso. (p.30, cursivas añadidas)

El sentimiento de lo terrorífico es descrito en el texto el *Más allá del principio de placer* (1920) como producto de la invasión energética:

Pero también el terror conserva para nosotros su valor. Tiene por condición la falta del apronte angustiado [cf. pág. 13, K. 3]; este último conlleva la sobreinvestidura de los sistemas que reciben primero el estímulo. A raíz de esta investidura más baja, pues, los sistemas no están en buena situación para ligar *los volúmenes de excitación sobrevinientes*, y por eso las consecuencias de la ruptura de la protección antiestímulo se producen tanto más fácilmente. (p. 31)

El hecho de que el adulto tome conocimiento de que dicha impresión terrorífica duraría toda la vida involucra que por más preparado que uno este, a través de la sobreinvestidura de los órganos de la percepción y la representación, los montos de excitación podrían, de todas formas, penetrar y romper la protección yoica:

En toda una serie de traumas, el factor decisivo para el desenlace quizá sea la diferencia entre los sistemas no preparados y los preparados por sobreinvestidura; claro que, a partir de una cierta intensidad del trauma, esa diferencia dejará de pesar. (Freud, 1920, p. 31)

En el texto *Inhibición, síntoma y angustia* (1926) esta situación traumática se expresa en estos términos:

Y, en definitiva, la condición de adulto no ofrece una protección suficiente contra el retorno de la situación de angustia traumática y originaria; acaso cada quien tenga cierto umbral más allá del cual su aparato anímico fracase en el dominio sobre volúmenes de excitación que aguardan trámite. (p. 140)

La inevitable indefensión del adulto mayor constituye el origen de la creencia -ilusión- en la existencia del reinado de una Providencia divina, paterna:

El reinado de una Providencia divina bondadosa *calma la angustia frente a los peligros de la vida*; la institución de un orden ético del universo asegura el cumplimiento de la demanda de justicia, tan a menudo incumplida dentro de la cultura humana; la prolongación de la existencia terrenal en una vida futura presta los marcos espaciales y temporales en que están destinados a consumarse tales cumplimientos de deseo. (Freud, 1927, p. 30, cursivas añadidas)

La cita agrega la cuestión del orden ético del universo. Si el mundo exterior se concibe como peligroso es debido a los hiperpoderes, los volúmenes de energía que pueden, en cualquier momento, asaltar al ser humano. El orden ético del universo consiste en la determinación del sentido moral de tales energías, por lo cual, un terremoto o inundación puede ser concebido como bendición o castigo divino.

La injusticia dentro de la cultura humana responde, siguiendo el texto el *Malestar de la Cultura* (1930), a la descarga de la pulsión de destrucción en el otro, de lo cual emerge un sufrimiento que equivale a la situación traumática de desvalimiento. A partir del orden ético del universo se cumple la demanda de justicia en la medida en que dicho sufrimiento tiene el sentido de una injusticia que será castigada, así como lo contrario será recompensado. La creencia en la vida futura proyecta hacia el más allá —cielo e infierno dentro de la religión cristiana— el cumplimiento del deseo de justicia.

A continuación, Freud añade que la creencia en la divina Providencia trae consigo además el alivio psíquico con respecto a los siguientes enigmas:

A partir de las premisas de este sistema, se desarrollan respuestas a ciertos enigmas que inquietan al apetito humano de saber; por ejemplo, el de la génesis del mundo y el del vínculo entre lo corporal y lo anímico; significa un enorme alivio para la psique del individuo que se le quiten de encima los conflictos, nunca superados del todo, que nacieron en su infancia en torno del complejo paterno, y se le provea *una solución universalmente admitida*. (p. 30, cursivas añadidas)



Tanto la génesis del mundo como el vínculo entre lo corporal y lo anímico ponen en juego los hiperpoderes del mundo exterior, así como las necesidades internas del cuerpo. Mediante la formación religiosa, y la creencia en ello, se provee de una solución absoluta, la cual responde, cabe insistir, a la situación de desamparo del niño.

#### 4. Sentimiento religioso y narcisismo

Freud (1930) unos años más tarde retoma la génesis del sentimiento religioso, a propósito de la correspondencia con Romand Rolland. En una carta fechada el 5 de diciembre de 1927, este último le sugiere a Freud que la génesis del sentimiento religioso proviene de un sentimiento particular: el sentimiento oceánico. Freud (1930) lo describe en los siguientes términos:

Es —me decía— un sentimiento particular, que a él mismo no suele abandonarlo nunca, que le ha sido confirmado por muchos otros y se cree autorizado a suponerlo en millones de seres humanos. Un sentimiento que preferiría llamar sensación de «eternidad»; un sentimiento como de algo sin límites, sin barreras, por así decir «oceánico». (p. 65)

En su búsqueda de una explicación psicoanalítica, Freud (1930) plantea que el sentimiento oceánico proviene de un estado originario del Yo:

Mejor dicho: originariamente el yo lo contiene todo; más tarde segrega de sí un mundo exterior. Por tanto, nuestro sentimiento yoico de hoy es sólo un comprimido resto de un sentimiento más abarcador —que lo abrazaba todo, en verdad—, que correspondía a una atadura más íntima del yo con el mundo circundante. Si nos es lícito suponer que ese sentimiento yoico primario se ha conservado, en mayor o menor medida, en la vida anímica de muchos seres humanos, acompañaría, a modo de un correspondiente, al sentimiento yoico de la madurez, más estrecho y de más nítido deslinde. Si tal fuera, los contenidos de representación adecuados a él serían, justamente, los de la ilimitación y la atadura con el Todo, esos mismos con que mi amigo ilustra el sentimiento «oceánico». (pp. 68-69)

Originariamente el Yo lo contiene todo, siendo su representación, los de ilimitación, la atadura con el todo, en suma, lo universal. Esto se conservaría, en mayor o menor medida, en el sentimiento yoico de madurez, lo cual pone el acento en la inevitable experiencia de vulnerabilidad infantil en el adulto. Sin duda dicho estado originario del Yo corresponde al narcisismo.



De la misma forma que en el texto *El porvenir de una ilusión* (1927), Freud (1930) se pregunta acerca del origen de la necesidad religiosa, dando como respuesta lo siguiente:

Es que un sentimiento sólo puede ser una fuente de energía si él mismo constituye la expresión de una intensa necesidad. Y en cuanto a las necesidades religiosas, me parece irrefutable que *derivan del desvalimiento infantil y de la añoranza del padre que aquel despierta*, tanto más si se piensa que este último sentimiento no se prolonga en forma simple desde la vida infantil, sino que es conservado duraderamente por la angustia frente al hiperpoder del destino. (pp. 72-73, cursivas añadidas).

La fuerza, entonces, del sentimiento religioso proviene del desvalimiento infantil, en la que una intensidad necesidad despierta la añoranza —deseo— por el padre.

En ese sentido, Freud (1930) continúa:

No se podría indicar en la infancia una necesidad de fuerza equivalente a la de recibir *protección del padre*. De este modo, el papel del *sentimiento oceánico*, que —cabe conjeturar— *aspiraría a restablecer el narcisismo irrestricto*, es esforzado a salirse del primer plano. Con claros perfiles, sólo hasta el sentimiento del desvalimiento infantil uno puede rastrear el origen de la actitud religiosa. (pp. 72 y 73, cursivas añadidas)

Si el sentimiento oceánico implica la representación de lo ilimitado, es porque en él se aspira a la recuperación del narcisismo. Cabe recalcar que en ello más que la protección paterna, se pone en juego la función de la madre como primera protectora. De esto se deduce, entonces, que las representaciones religiosas como ilusiones tienen carácter materno, siendo que dicho carácter involucra lo ilimitado.

## 5. Origen de la formación religiosa y la imagen del padre primordial<sup>1</sup>

En el texto *El porvenir de una ilusión* (1927), Freud sostiene que Dios proviene de la imagen del padre primordial:

---

<sup>1</sup> No se puede pasar por alto que gran parte de las formulaciones de este apartado, así como la inspiración general del texto provienen de una serie de textos escritos por el profesor Jesús González Requena. Entre ellos, se pueden destacar los siguientes: *El oscuro retorno de la diosa* (2015), *La caída del Padre. El estado de los dioses en la Europa del siglo XX* (2018), *Más acá del principio de placer* (2021) y El seminario titulado *Las aves la locura. El territorio de la madre* (2020/2021).



Ahora bien, de acuerdo con unas tesis que no necesito repetir aquí, aquel padre primordial fue la imagen primordial [*Urbild*] de Dios, su modelo {*Modell*}, siguiendo el cual generaciones posteriores formaron {*bilden*} la figura, de Dios. (p. 42)

La imagen del padre de la horda primordial es de corte narcisista, a propósito del vínculo que hace Freud de esa imagen con el superhombre de Nietzsche:

En los albores de la historia humana él fue el *superhombre* que Nietzsche esperaba del futuro. Todavía hoy los individuos de la masa han menester del espejismo de que su conductor los ama de manera igual y justa; pero al conductor mismo no le hace falta amar a ningún otro, puede ser de naturaleza señorial, *absolutamente narcisista*, pero seguro de sí y autónomo. (Freud, 1921, p. 118, cursivas añadidas).

Si esto es así, la imagen del padre involucra una representación de carácter ilimitado, lo cual tendría como trasfondo a la madre protectora.

En el texto de *Las nuevas conferencias de Introducción al psicoanálisis* (1932), Freud ubica nuevamente al superhombre a la hora de explicar el asunto de la cosmogonía dentro de los sistemas religiosos: “La doctrina dice, pues, que el universo ha sido creado por un *ser magnificado* en todas sus partes —en poder, sabiduría, intensidad de la pasión—, por un superhombre idealizado” (p. 150, cursivas añadidas).

En esa línea, Freud (1932) agrega:

Es interesante anotar que ese creador siempre es único, aunque se crea en varios dioses. También, que *casi siempre* es varón, aunque en modo alguno falten indicaciones de divinidades femeninas y muchas mitologías señalen el comienzo de la creación en el momento en que una deidad masculina desplaza a una femenina, degradada a la condición de monstruo. (p. 150, cursivas añadidas)

Resulta interesante que Freud reconozco los problemas que esto entraña, entre ellos, el considerar como masculino a ese ser único poderoso, puesto que, si la deidad masculina desplaza a la femenina, es porque originariamente había una deidad femenina.

La línea de argumentación de Freud prosigue en el sentido de asignarle el carácter paterno a la divina Providencia:





Esto plantea interesantísimos problemas, pero debemos apresurarnos. Reconocemos con facilidad el paso siguiente, en que ese Dios Creador es llamado directamente Padre. El psicoanálisis infiere que es de hecho el padre, tan grandioso como le apareció otrora al niño pequeño. (p. 150)

Y, bien, la grandiosidad del padre tendría que retrotraerse a la función de protección materna ante los peligros de la existencia. Por lo demás, la cosmogonía como parte de la doctrina religiosa admite la creación del universo por parte de una diosa madre absoluta, así aparece, por ejemplo, en la Teogonía (2000) de Hesíodo:

En primer lugar existió el Caos. Después *Gea la de amplio pecho*, sede siempre segura de todos los Inmortales que habitan la nevada cumbre del Olimpo. (...). *Gea alumbró* primero al estrellado Urano con sus mismas proporciones, para que la contuviera por todas partes y poder ser así sede siempre segura para los felices dioses. También dio a luz a las grandes Montañas, deliciosa morada de diosas, las Ninfas que habitan en los boscosos montes. Ella igualmente parió al estéril piélago de agitadas olas, el Ponto, *sin mediar el grato comercio*. (p. 16)

A este ejemplo se le puede sumar una formulación propiamente freudiana acerca del tótem, que aparece en el texto *Tótem y tabú* (1913):

Los miembros de un clan totémico son hermanos y hermanas, están obligados a ayudarse y protegerse mutuamente; en caso de que un extraño dé muerte a un miembro del clan, el hecho de sangre recae sobre el linaje íntegro del asesino, y el clan del muerto se siente solidariado en el reclamo de expiación de la sangre derramada. Los lazos totémicos son más fuertes que los familiares tal como nosotros los entendemos; y no coinciden con estos, ya que por regla general la trasmisión del tótem se produce por *herencia materna y originariamente la herencia paterna acaso ni siquiera regía*. (p. 108, cursivas añadidas)

La herencia materna, por lo tanto, en relación con el tótem, regía originariamente. Si esto es así, la relación con el tótem y la identificación con el presupone dicha herencia:

En diversas circunstancias significativas, el miembro del clan procura poner de relieve su parentesco con el tótem: asemejándosele en lo externo, cubriéndose con la piel del animal totémico, tatuándose su figura, etc. En las oportunidades solemnes del nacimiento, la iniciación de los varones, el entierro, esa identificación con el tótem se escenifica mediante actos y palabras. (p. 107)



Esto tiene una serie de consecuencias, por ejemplo, en la revisión del caso Juanito. En un artículo titulado *Relectura del caso Juanito* (2012), aún en proceso de revisión por la editorial de la revista *Intersubjetivo*, se plantea, entre otras cosas, que la identificación de Juanito al caballo no proviene de un conflicto de ambivalencia con el padre, sino más bien parte de la herencia materna, en especial, de una madre fálica. Al respecto, la siguiente cita freudiana resulta particularmente elocuente:

Hans observa a los *caballos* siempre con interés a causa de su *hace-pipí grande*, es fuerza que la *mamá* tenga un *hace-pipí* como el de un caballo, etc. Así, se creería, el caballo es sólo un *sustituto* de la mamá. (Freud, 1909 p. 25, cursivas añadidas)

En sintonía con la argumentación freudiana, se esperaría que el condicional de paso a la desarrollar la idea del padre como el elemento originario al que el caballo sustituye, sin embargo, Freud (1909) agrega inmediatamente:

También debemos tomar partido en favor de su *buena*, y por cierto que *harto cuidadosa, madre*. El padre la inculpa, no sin una apariencia de justicia, de haber contribuido al estallido de la neurosis por su ternura hipertrófica y su aquiescencia demasiado frecuente a *recibir al niño en su lecho*; nosotros, de igual modo, podríamos reprocharle haber apresurado el advenimiento de la represión por su enérgico rechazo de sus cortejos («Es una porquería» [pág. 18]). Pero ella desempeña un *papel fijado por el destino*, y está en situación difícil. (1909 p. 25)

El papel fijado por el destino puede ser comprendido siguiendo la línea de la función originaria de protección materna, lo cual coloca en situación difícil a la madre en términos de que la represión del deseo del niño, a saber, estar en el lecho pegado a ella. Esto, a pesar de la intervención freudiana que se sigue en el caso como un intento de instituir la amenaza de castración paterna, se deja traslucir como la incapacidad de Juanito de poder identificar la herencia paterna. Así, en una anotación del padre de Juanito se presenta lo siguiente:

El resto no solucionado es que Hans se devana los sesos para averiguar *qué tiene que ver el padre* con el hijo, puesto que es la madre quien lo trae al mundo. Se lo puede inferir de preguntas como: «¿No es verdad que también soy *tuyo*?». (Quiere decir, no sólo de la madre.) No tiene en claro la razón por la cual me pertenece. En cambio, no poseo ninguna prueba directa de que él, como usted opina, haya podido espiar un coito entre los padres. (p. 83, cursivas añadidas)

La ausencia de percepción del coito entre los padres devolvería el asunto hacia la idea de una diosa madre capaz de crear vida sin intervención paterna.

## **6. Cuestiones finales y nuevas líneas de investigación**

A lo largo de este artículo se han presentado una serie de indicios que permiten sostener que el concepto de ilusión proviene de la situación de desvalimiento infantil, en donde la madre cumple la función primordial de protección. En ese sentido, la añoranza por el padre solo es en tanto este cumple función de madre. Esto llevado al plano religioso involucra concebir a la divina Providencia paterna como la imagen de una diosa materna. Su representación tiene el carácter de lo absoluto, ilimitado en cuanto a que calma la angustia del niño ante los peligros internos y externos.

Freud (1927) repara en que el niño no podrá prescindir de la protección materna, por lo que, ante cada situación nueva de desvalimiento psíquico, el adulto, por fuerza, buscare creencias, como es el caso de la Divina providencia, ilusiones que traigan consigo la calma deseada. Esto inevitablemente convoca el asunto de la compulsión a la repetición. Ante lo traumático, el adulto estaría destinado a repetir las ilusiones que le son más propicias.

A propósito de ello, resulta sugerente tomar la propuesta de Requena en el texto *El oscuro retorno de la diosa* (2015). No solo en términos actuales en el análisis de diversas creencias que por su fuerza de deseo parecen constituir representaciones totalitarias, que traen de vuelta el narcisismo primordial irrestricto. De la misma forma, así como se ha señalado de forma breve en el apartado 5., resulta importante revisar algunos postulados freudianos en torno al totemismo y su origen materno. Asimismo, la imagen del padre de la horda primordial, con sus características de grandiosidad, poder, entre otras tendría que ser pensada como una imagen narcisista, que tiene a la diosa madre como punto de partida. Tómese en cuenta que el nacimiento de Urano es por herencia materna sin intervención de dios paterno alguno.

No sería posible terminar este artículo sin considerar el siguiente matiz ante la posibilidad de un porvenir marcado por la creencia en representaciones ilusorias:

Por eso lo contradigo a usted cuando prosigue diciendo que el hombre no puede en absoluto prescindir del consuelo de la ilusión religiosa, pues sin ella no soportaría las penas de la vida, la realidad cruel. (p. 48)

Esto no esta exento de una situación difícil:



Evidentemente, el hombre se encontrará así en una difícil situación: tendrá que confesarse su total desvalimiento, su timidez dentro de la fábrica del universo; dejará de ser el centro de la creación, el objeto de los tiernos cuidados de una Providencia bondadosa. Se hallará en la misma situación que el niño que *ha abandonado la casa paterna*, en la que reinaba tanta calidez y bienestar. (p. 48, cursivas añadidas)

No hace falta decir que, por casa paterna, habría que ciertamente hablar más propiamente de casa materna.

Freud (1927) culmina su alegato en estos términos:

Pero, ¿no es verdad que el infantilismo está destinado a ser superado? El hombre no puede permanecer enteramente niño; a la postre tiene que *lanzarse fuera*, a la «vida hostil». Puede llamarse a esto «*educación para la realidad*»; ¿necesito revelar, todavía, que el único propósito de mi escrito es llamar la atención sobre la necesidad de este progreso? (p. 48, cursivas añadidas).

El acto de lanzarse fuera convoca la idea de aventura, fuera de la calma y el bienestar de la casa materna. Esto es llamado educación para la realidad. Si bien desentrañar las presuposiciones y alcances de dicha educación escapan a los marcos del presente artículo, sería necesario decir que tal educación implicaría soportar lo traumático de la invasión de montos de excitación energética y *confesar* la fragilidad de la existencia humana.

---

**Manuel Martínez:** Psicólogo clínico por el ministerio de sanidad español, y doctor en psicología por la Universidad Complutense de Madrid, además soy miembro titular de la IPA. Desde 2008 imparto seminarios y supervisiones tanto en Kazajistán como en el este de Rusia (Siberia, la ciudad es Irkutsk). Soy profesor en varias universidades de Kazajistán. Mi interés básico es la clínica y especialmente las psicosis y los conceptos referidos a la transferencia y contratransferencia. Estoy muy interesado en las supervisiones tanto individuales como grupales. Cuento con una serie de artículos publicados en Francia, España, y Asia Central. Correo: trainingtaraz2018@gmail.com.

**Alejandro Pineda Saavedra:** Psicólogo clínico por la Universidad Andrés Bello (Chile). Máster en Psicoanálisis y teoría de la cultura por la Universidad Complutense de Madrid y doctorando en Filosofía en la Universidad Complutense de Madrid. Coautor de los siguientes artículos: *Psicoanálisis y lógica: lo inconsciente como real-imposible* (2016) *¿La lucha imposible? Un acercamiento al concepto de angustia traumática en Inhibición, síntoma y angustia* (1926) (2022) del y autor del siguiente artículo: *Una revisión de la referencia a Saussure por parte de Lacan en el Seminario La identificación* (2022). Actualmente mi investigación gira en torno al concepto de ideal del Yo en el pensamiento freudiano. Correo: l.pinedasaavedra@gmail.com.



**Resumen:** Se hace una breve revisión del concepto de ilusión en Freud, cuyo origen apunta a la situación de desvalimiento infantil. La referencia a la madre como primera protectora lleva a reubicar algunos planteamientos en torno a las representaciones religiosas en tanto ilusiones. Se plantea que el concepto de ilusión está conectado al sentimiento oceánico y el narcisismo. A continuación, se subrayan algunas objeciones sobre la imagen paterna de Dios, en relación con el carácter paterno del tótem y el caso Juanito. Preguntas finales y posibles líneas de investigación cierran este trabajo.

**Palabras clave:** Ilusión - Desvalimiento Infantil - Representaciones Religiosas – Narcisismo - Imagen Paterna de Dios.

### Uma breve revisão do conceito de ilusão de Freud

**Abstrata:** É feita uma breve revisão do conceito de ilusão de Freud, cuja origem aponta para a situação de impotência infantil. A referência à mãe como primeira protectora leva à realocação de algumas abordagens às representações religiosas como ilusões. Argumenta-se que o conceito de ilusão está ligado ao sentimento oceânico e ao narcisismo. Depois, algumas objecções sobre a imagem paterna de Deus são sublinhadas, em relação ao carácter paterno do totem e ao caso de Johnny. As questões finais e possíveis linhas de investigação encerram este artigo.

**Descritores:** Ilusão - Desamparo Infantil - Representações Religiosas – Narcisismo - Imagem Paterna de Deus.

### A brief review of Freud's concept of illusion

**Abstract:** A brief review of the concept of illusion in Freud is made, which points to the origin of said concept in the situation of childhood helplessness. This review leads to the origin of the concept of illusion, which lies in the situation of infantile helplessness. The reference to the mother as the first protector leads to relocating some approaches around religious representations as illusions. It is argued that the concept of illusion relates to the "oceanic feeling" and narcissism. Then, some objections are raised about the paternal image of God, in relation to the paternal character of the totem and the case of Juanito. Final questions and possible lines of research close this work.

**Descriptors:** Illusion - Infantil Helplessness - Religious Representations – Narcissism - Paternal Image of God.

### REFERENCIAS

- Freud, S. (1992). Análisis de la fobia de un niño de 5 años. (J. L. Etcheverry, Trad.). En *Obras completas* (Vol. X, pp. 1-118). Buenos Aires: Amorrortu. (Obra original publicada en 1913).
- \_\_\_\_\_. (1992). Tótem y tabú. (J. L. Etcheverry, Trad.). En *Obras completas* (Vol. XIII, pp. 1-164). Buenos Aires: Amorrortu. (Obra original publicada en 1913).
- \_\_\_\_\_. (1992). Más allá del principio de placer. (J. L. Etcheverry, Trad.). En *Obras completas* (Vol. XVIII, pp. 1-63). Buenos Aires: Amorrortu. (Obra original publicada en 1920).
- \_\_\_\_\_. (1992). Inhibición, síntoma y angustia. (J. L. Etcheverry, Trad.). En *Obras completas* (Vol. XX, pp. 71-164). Buenos Aires: Amorrortu. (Obra original publicada en 1926).
- \_\_\_\_\_. (1992). El porvenir de una ilusión. (J. L. Etcheverry, Trad.). En *Obras completas* (Vol. XXI, pp. 1-56). Buenos Aires: Amorrortu. (Obra original publicada en 1927).
- \_\_\_\_\_. (1992). El malestar en la cultura. (J. L. Etcheverry, Trad.). En *Obras completas* (Vol. XXI, pp. 57-140). Buenos Aires: Amorrortu. (Obra original publicada en 1930).
- \_\_\_\_\_. (1991). Nuevas conferencias de Introducción al Psicoanálisis. (J. L. Etcheverry, Trad.). En *Obras completas* (Vol. XXII, pp. 1-168). Buenos Aires: Amorrortu. (Obra original publicada en 1933).
- Pineda, A. (2012). *Relectura del caso Juanito*. [Manuscrito enviado para publicación]. Universidad Complutense de Madrid.
- González, J. (2015). El oscuro retorno de la diosa. *Trama y Fondo, Lectura y Teoría del texto*, 39, 18-36.